

VIDA Y PSICOLOGÍA. UNA BIOGRAFÍA DE ORTEGA

GRACIA, Jordi: *José Ortega y Gasset*. Madrid: Taurus, 2014, 712 p.

JAIME DE SALAS
ORCID: 0000-0002-7116-4091

Esta biografía amplia, bien documentada, animada por un espíritu de veracidad y escrita con oficio, tendrá su espacio en el estudio futuro de la obra de Ortega. A la vista de la cantidad de documentación de la que ya se dispone, de la variedad y riqueza de la vida de este, probablemente se impondrán, a partir de ahora, esfuerzos más reducidos en el tiempo como el estudio detenido de los años 1929 a 1932, tan excepcionales en toda la obra orteguiana, antes que tratar de exponer la totalidad de la trayectoria de Ortega. El trabajo de Gracia, con la biografía de Javier Zamora, implican un buen nivel en la recepción académica de la figura de Ortega.

Hay muchos pasajes interesantes. En términos generales, me pareció excelente la reconstrucción de la crisis del año 1917, y del posterior advenimiento de Primo de Rivera. Se abrió en un primer momento, distancias con Unamuno, y sobre todo con Marañón y Pérez de Ayala. Pero se acortarán hasta llegar pocos años después, a la Agrupación al Servicio de la República. En cambio, la actuación parlamentaria de Ortega durante la República, por otro lado ya bastante estudiada, recibe menos atención. Sí es revelador el intercambio parlamentario entre nuestro

protagonista e Indalecio Prieto que Gracia narra con agudeza.

Se dan momentos muy logrados como por ejemplo el relato de la llegada de Einstein a España y la forma en que se le recibió en Madrid. El desentendimiento entre el descubridor de la relatividad y sus anfitriones, entre los que se encontraba Ortega, no podría ser más completo: la alta sociedad del momento se volcó ante la posibilidad de ver y saludar al célebre científico pero éste difícilmente podía estar a la altura de dicha atención y comentar memorablemente, por ejemplo, el entierro del Conde de Orgaz. Así contada la anécdota, muestra bien las pretensiones y al tiempo las insuficiencias de la sociedad española del momento.

Utilizando la correspondencia con María Luisa Caturla, Gracia aporta –creo– la primera descripción escrita sobre la relación con la condesa de Bulnes, pero es ciertamente de las tres amistades femeninas conocidas de Ortega fuera de su familia, de lejos, la de menor alcance. En cambio, las relaciones con Victoria Ocampo, Helene Weyl y por supuesto el temprano noviazgo con Rosa Spottorno están bien recogidas. También me resultó acertada la atención que presta a “Memorias de Mestanza” como documento autobiográfico de primer orden. En cambio, el más conocido y muy importante “Prólogo a una edición de sus *Obras*” queda en segundo plano.

En todo ello, Gracia se revela como un perspicaz lector de Ortega aunque mucho más atento a las personas y si-

tuaciones, que al pensamiento o a las instituciones. Hay una pregunta ante la vida del otro que queda inevitablemente sin una respuesta completa pero que toda biografía debe empezar a contestar. En este caso sería: ¿cómo fue posible la figura de Ortega? Ciertamente el talento es una habilidad que se tiene o no se tiene; pero al tiempo la figura y la obra están mediadas por la circunstancia, las personas con las que trató, las instituciones que la permitieron, las relaciones personales en las que se encontró, e incluso el perfil psicológico desde la que se realizó. En el caso de esta obra, me parece que es esto último, la idiosincrasia de Ortega, lo que Gracia resalta más. Ortega aparece al tiempo como un intelectual de excepcional talento pero también con la ambición de hacer grandes cosas y la frustración al constatar el poco efecto que su trabajo tenía.

No me parece desacertado un diagnóstico tal, y hay que agradecer la voluntad de Gracia de reconocer a Ortega su propia envergadura personal, la fundamental integridad de éste, al tiempo que ponga de manifiesto el carácter esforzado y muchas veces, para él propio Ortega, insatisfactorio de su actuaciones. Desde luego, es absolutamente cierto la tesis central de que su conciencia de la importancia de las minorías y su voluntad de excelencia, “nunca” le condujeron a ser “antidemocrata” ni a defender “un orden político preferible o sustitutorio” de la democracia parlamentaria (p. 247).

Pero, entiendo que independientemente de cómo se juzga su obra, y el biógrafo no tienen porque definirse

al respecto, hay que valorar más el logro –personal y social– que supone la construcción de su propia figura. Esta no se debe sólo a la excepcionalidad psicológica –aunque en este caso la haya– sino a la forma en que Ortega se situó en su propia época y en el denso tejido de las personas que le rodearon. Quizá la experiencia dramática de la falta de influencia real o de lectores adecuados por parte de sus contemporáneos pesara demasiado en el ánimo del propio Ortega. En cualquier caso su figura hoy nos llega por derecho propio a través de sus obras. Y aún cuando muchos de mi generación han podido identificarse con la sátira de Martín Santos o tomar distancia de los planteamientos de *La rebelión de las masas*, no cabe duda de que nos interesa no sólo ni principalmente por su perfil psicológico, sino como expresión de una sociedad muy distinta de la nuestra, pero capaz de dar paso a personalidades excelentes como él en su obra. E, incluso, reconocemos la persona situada en los debates académicos del momento, que es capaz de hacerlos llegar al público español de una manera que no se ha dado en España desde entonces.

En ese sentido echo en falta que la consideración psicológica se hubiera completado con mayor atención a las personas e instituciones que permitieron esta figura. Hay desde luego, atención en algunos casos: Navarro Ledesma aparece y se ajusta a la valoración que de él hace el propio Ortega. En cambio, Fernando Vela o García Morente quedan muy en segundo plano. No creo que fueran meros colaboradores. Ciertamente es muy difícil

valorar estas relaciones donde la afinidad surge y se mantiene por motivos muy diversos. Una dificultad adicional es que a partir de los años '20 hay menos correspondencia de Ortega. Las correspondencias posteriores más importantes probablemente serían con personas distantes como Curtius o Helene Weyl mientras que las relaciones con su círculo inmediato se mantenían oralmente en conversaciones cotidianas, o en la tertulia de la *Revista de Occidente*. Pero el reto de la reconstrucción biográfica es hacer justicia a la sociedad que permitió una figura de esta envergadura.

Entre otras características del trabajo de Gracia, destacaría la cierta elección de los testimonios de sus contemporáneos. No pesan los relatos de hermanos o hijos, o de sus discípulos como Marías, sino la de los contemporáneos como Pérez de Ayala, Cambó, Juan Ramón Jiménez, María Luisa Caturla y el propio Ortega. El resultado en conjunto es que se nos presenta una figura esforzada, guiada por una "hiperconciencia" y en última instancia desengañada por la falta de atención, pero siempre presto a embarcarse, una vez recuperada de sus frecuentes males, en nuevas iniciativas y hacer frente a otros peligros, sin encontrar propiamente un descanso.

La observación que esto me suscita es que si se apura la atención a la "automitografía megalómona" (p. 286) de Ortega, se pierde de vista la valía y el interés más objetivos de su obra, y su significado en la sociedad en la que se encontró. No se puede reducir la historia de las ideas a los avatares de la

idiosincrasia personal, por mucho que tal procedimiento nos acerque los autores que nos interesan, e incluso se justifique documentalmente. El personalismo de Ortega, que en alguna medida existió, queda de hecho como una consideración frecuente pero en realidad marginal.

Desde luego, comprender una vida no es comprender una obra, pero, en el caso de Ortega, se da esta última –aunque podamos los que nos ocupamos de su figura discutir interminablemente sobre su consistencia y valor– y desde este punto de vista habría que relativizar la misma insatisfacción que el mismo Ortega refleja, y evitar que se nos oculten sus logros y proyección.

En cambio, me parece un acierto la tesis de que su concepción de la vida social, tal y como se establece en las obras de los años '20, *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*, Ortega la alcanza desde una experiencia directa de la convivencia histórica por mucho que además estudiara la historia y acudiera a la decadencia de Roma. La rebelión de las masas o el peso inerte de la gente son experiencias hechas en primera persona, que posteriormente encuentran una formulación teórica. Se da una cierta armonía entre experiencia de su tiempo y propuestas teóricas que sobre todo en el plano de lo político debe tener en cuenta.

Por otro lado, Gracia acierta a marcar los tiempos y distinguir bien cada etapa, pero creo que quizá se podría haber subrayado más el hecho de que, al llegar a los 50 años, Ortega pasa de mirar a su propia generación y las dos generaciones superiores, la de sus padres,

y comienza a tratar con una generación de quienes deberían ser sus discípulos. El tono esforzado y la frustración subsisten pero el encuentro con Heidegger, que desde luego valora Gracia, se desarrolla sobre el fondo de un discipulado que habría que mantener. Y ello suscita dos comentarios: La guerra civil cortó el proceso normal de relevo de generaciones y es algo aventurado especular sobre lo que hubiera podido ser, pero el mismo hecho de que Ortega fuera una figura académicamente de transición con su valoración del seminario, la monografía y la lectura de los clásicos, frente al artículo de periódico y la conferencia –que por otra parte practicaba de forma excelente– determina que aquellas formas y valores que defendió denodadamente, probablemente no los practicaba suficientemente a la vista de quienes había enseñado.

Añadiría, en segundo lugar, que el encuentro con Heidegger y los trabajos resultantes significan una determinada consolidación del pensamiento de Ortega y desde este punto de vista tiene sentido hablar de una segunda navegación a partir de este periodo que culmina en 1932, posiblemente de mayor interés académico aunque de menor proyección social. Resulta un pensamiento mucho mejor definido que puede articular un proyecto intelectual. No es que se desentienda ahora de la política, pero claramente se dirige a un público culto.

Con todo, debo añadir que el trabajo de Gracia, en conjunto, refleja un conocimiento y un oficio por el que trasciende su inclinación a la caracterización psicológica, dando con ello un valor mucho mayor a su trabajo.

ORTEGA DESDE GAOS

GAOS, José: *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset*, introducción y edición de José Lasaga Medina. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón, 2013, 359 p.

JUAN FEDERICO ARRIOLA

José Ortega y Gasset estuvo en varias ocasiones en el continente americano, pero jamás pisó suelo mexicano. Uno de sus discípulos, José Gaos, fue uno de los principales divulgadores del pensa-

miento orteguiano en México desde 1938 hasta su muerte en 1969.

El libro *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset* de José Gaos, cuya edición y estudio introductorio estuvieron a cargo de José Lasaga Medina, tiene diversas aportaciones biográficas (del propio Gaos y de su maestro Ortega y Gasset), y filosóficas.

De Ortega y Gasset, escribió Gaos, días después de la muerte del filósofo nacido en Madrid: “Don José Ortega y Gasset ha sido el principal de mis maestros” (p. 157).

Cómo citar este artículo:

Federico Arriola, J. (2014). Ortega desde Gaos. Reseña de “Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset” de José Gaos. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (29), 215-218. <https://doi.org/10.63487/reo.378>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 29. 2014
noviembre-abril